

CONVERSACION CON AZORIN

SOBRE su interés vigente por tantas razones con razón, la figura de don José Martínez Ruiz destaca hoy en la actualidad del homenaje nacional que se le prepara, cuya convocatoria ha firmado una cantidad impresionante y una impresionante calidad de firmas del gran mundo literario, social y político de España.

Hemos escrito tantas veces sobre Azorín, que nos pasa con él como nos ocurre con Baroja: que no se sabe por dónde empezar, ya que nunca le hemos dejado. Ahora hace treinta años que yo le conocí, por cierto, al día siguiente del que conocí a Pío Baroja, en aquella librería que Rafael Caro Raggio, cuñado de éste, tuvo en las Cuatro Calles. Mi generación ha tenido tal comunicación, frecuentación tan asidua con la suya, que, en muchos aspectos, no sé si ha salido de ella o si, a pesar de todo no ha acabado de entrar en ella todavía.

—Siempre, en todo caso, nos caracterizó un respeto por ustedes.

—Toda generación—me dice Azorín—comienza negando a la inmediata anterior, combatiéndola, pero no a las lejanas. Observe usted mismo: compare la adhesión que tengan por usted los que no llegan a los treinta años con la que demuestren los que no llegan a los cuarenta. Es una ley literaria.

Está Azorín correcta, elegantemente vestido, con un traje gris cruzado, corbata azul, camisa blanca, nítida. Los años le han ido concretando físicamente, dándonos un Azorín sintético, estilizado, severo, un Azorín puntuado en párrafo corto: un misterioso sajonismo ideal ha emergido del levantino de ayer, y este Azorín de hoy parece el hermano aristócrata y lejano que ha vivido en Londres, soñando con la vieja España, tal vez con Monóvar y Yecla.

Son las seis de la tarde. Los balcones de la calle de Zorrilla dan al Congreso y esta casa del escritor es toda ella como una casa parlamentaria, una casa alfonsina, tranquila, señora, un poco

sosa, intencionadamente sosa y dormida en un espejo. Azorín me ha recibido primero en esa habitación un tanto desesperante de las que pocos logran pasar: una habitación impersonal, sin una apoyatura literaria, sin un cenicero, sin un libro, en la que se encuentra uno provisional, como si de un momento a otro fuera a aparecer, para recibirnos, el dentista. Ya hice referencia en otra ocasión a esta habitación, y escribí entonces: "Es una salita sin el menor carácter, con un sofá y unos sillones de esos que tenían los fotógrafos medianos en sus estudios a primeros de siglo. Cuando el visitante tiene curiosidad por el ambiente de un visitado, a quien además admira, una habitación así oprime el alma. Ni un libro, ni un cuadro, ni un detalle en el que distraer la vista."

Luego Azorín me ha enseñado sus salones, me ha sentado debajo del famoso retrato de Zuloaga, me ha reflejado en el espejo de la chimenea francesa del pequeño gabinete contiguo, me ha hecho entrar en las estancias interiores por cuyos muros se extiende su biblioteca y, por fin, me muestra su habitación de trabajo. ¡Qué maravilla esta pieza donde la intimidad se corta en el aire débilmente iluminado! Aquí está la butaca predilecta del maestro, la mesa-camilla sobre la que lee, sin anteojos por cierto; la maquinilla de escribir a la que ha arrancado durante tantos años la canción de su prosa diaria, sus pensamientos y sus sentimientos, la disciplina de su inspiración hecha costumbre.

—Sigo leyendo a nuestro Baudelaire. ¿Se acuerda usted de aquel artículo, hace mucho tiempo, que dediqué a su libro sobre Baudelaire?

—Sí, fué en el verano de 1931.

—Me sigue pareciendo Baudelaire no sólo un poeta perfecto, sino el perfecto crítico de arte. El fué uno de los primeros wagneristas, él defendió apasionadamente a Delacroix.

Azorín se sienta junto a mí. Su cortesía es todo un arte exigente, sin desmayo, sin cansancio. Sin amaneramiento tampoco. Cuida de darme siempre su derecha, vigila la comodidad de su visitante. Oye y escucha. No muestra prisa ni distracción. Habla lo mismo que escribe. ¿Cómo hemos dicho tantas veces que Azorín no habla? Habla y habla bien. Sus palabras obedecen fielmente al concepto, están al servicio proporcionado de la idea y no se desbordan. Se agradecen todas sus palabras, porque son necesarias, útiles, precisas y preciosas. No nos produce ninguna sensación de decadencia, antes lo contrario.

—No hay vejez, al menos como la vejez se entiende. La vejez en un escritor es la falta de curiosidad literaria. Perder el apetito de comprender. A los ochenta años podrán faltar fuerzas mentales, pero, en cambio, se ven con más finura las cosas.

—¿Lee usted o releo?

—Las dos cosas. Tal vez releo más que leo. Pero esto es también lectura y lectura nueva. Veo hoy, en libros de siempre, lo que no había visto antes.

—¿A quiénes está releyendo últimamente?

—A Calderón y Saavedra Fajardo.

Estamos en el salón principal de la casa. Hay un tercer personaje con nosotros: el silencio. Cuando se produce una pausa, el silencio habla, acciona casi, interviene, ordena al tiempo.

—Maestro, querido maestro, ¿qué nota usted en aquellos que vienen detrás de nosotros a la vida, a la esperanza, a la agonía y a la muerte de las letras? ¿Qué nota usted en los más jóvenes?

—Quizá hay ahora un afán literario como no hubo nunca. Quizá también poca comunicación personal con el mundo extranjero.

—¿Considera usted muy importante esta comunicación?

—Importantísima. Es muy importante ir al extranjero. Nosotros tuvimos latente una curiosidad por lo de fuera. La influencia de fuera es necesaria. Le es imprescindible al escritor el trasplante.

—¿Qué contemporáneo español puede gustarle plenamente?

—No puedo dar nombres. Somos gente móvil y

